

EL ULTIMO ASSASSIN

EL ULTIMO ASSASSIN



YGGDRASIL EDITORIAL

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN

EL ÚLTIMO ASSASSIN

Título original: El último Assassin

Autor original: John Wolf

Editorial: Yggdrasil Editorial

Web oficial: codexmagdala.es

Contacto: info@yggdrasileditorial.es

Primera edición: enero 2018

Impreso en España. ISBN: 978-1795093798

® Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2018 de John Wolf

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN

I

Ciudad del *Vaticano*, año 2.016.

Un cardenal camina custodiado por dos guardas suizos en los pasillos exteriores del *Vaticano*, a la sombra de las innumerables columnas que los adornan. Su destino es el *Archivo Secreto Vaticano*. Una estancia que abarca más de ochenta y cinco kilómetros de estanterías en línea recta, donde se aglutinan algunos de los textos más antiguos del mundo y, muchos de ellos, de un valor histórico incalculable. Documentos, muchos de ellos, que tienen que ver incluso con la naturaleza misma de muchos países europeos.

El *Archivo Secreto Vaticano* data del siglo IV, fundado en San Juan de Letrán. Es también uno de los centros de investigación histórica más importantes del mundo, con más de ciento cincuenta mil documentos divididos en seiscientos cincuenta fondos de archivo. Su acceso está

EL ULTIMO ASSASSIN

restringido solamente a investigadores e historiadores, previa acreditación del *Vaticano*, y escasamente una pequeña parte del mismo.

Entre los documentos más relevantes allí custodiados, se hayan desde las actas del juicio a Galileo Galilei, la nulidad matrimonial del rey Enrique VIII que dio lugar al anglicanismo, o multitud de libros catalogados en el pasado como herejía y que solamente quedan los ejemplares ahí resguardados.

Los guardias son jóvenes y fornidos, vistiendo sus peculiares trajes. El cardenal ronda los cincuenta años y su robustez le hace caminar dificultosamente. Porta en sus manos un cilindro de madera de unas dimensiones cercanas a los sesenta centímetros de largo. Caminan con decisión como si tuvieran premura en llegar a su destino. O bien podría ser por el extremo calor que ese día inundaba Roma, y que hacía que el grueso cardenal dirigiera sus rezos a sentir rápidamente el cobijo de la *Biblioteca Vaticana*.

De pronto, una sombra cruzó rápidamente frente a ellos, haciendo que el grupo detuviera su paso instantáneamente. Uno de los guardias, en estado de alerta y con la mano bien posicionada en su espada en señal de defensa, se adelantó unos pasos y escudriño con la mirada. Todo parecía estar en orden.

Cuando éste se gira, observa como su compañero está en el suelo encima de un charco de sangre, mientras el cardenal, asustado, aprieta el

EL ULTIMO ASSASSIN

cilindro de madera contra su pecho y la espalda contra la pared como si quisiera mover de posición el santo lugar. A los pies de su compañero, permanece inmóvil un misterioso encapuchado con túnica negra, que porta una Cruz de Malta de color rojo en el pecho.

Mira fijamente al cardenal, como si el guardia restante no existiera. Y el cardenal lo mira a él presa del pánico. Ahora no hay duda que el exceso de sudoración nada tiene que ver con el clima.

El guardia saca su daga y se abalanza rápidamente a la carrera contra el desconocido. A pesar de hallarse ya a escasos metros de su posición, el encapuchado mantiene su posición de calma como si de una estatua más del lugar se tratara. Cuando la daga del guardia ya casi mordía el vientre del desconocido, con un rápido movimiento, éste dio un leve paso atrás de su pie derecho mientras mantenía firme la posición del izquierdo, golpeando rápidamente con su mano izquierda la articulación del codo de su agresor, y con la derecha golpeó fuertemente la mano agresora, dirigiendo la daga sin dilación hasta el cuello del valiente guardia.

Con una velocidad endiablada, el encapuchado redujo al guardia en cuestión de segundos. Observó unos instantes como los borbotones de sangre ahogaban al escolta hasta que éste dejó de emitir sonido y movimiento alguno, para después volver a clavar su mirada en la del prelado.

EL ULTIMO ASSASSIN

Con decisión, el encapuchado avanzó hasta el cardenal y, con su brazo derecho y a pesar del peso del rendido clérigo, lo levantó un palmo del suelo, mientras lo acuchillaba con la mirada.

Con la ayuda de su mano izquierda, el desconocido se hizo con el cilindro que portaba sin la menor oposición.

—*Deus ilumina tenebras meas* — “Dios ilumina mis tinieblas” — *Mi solis vati vox* — “Soy un hijo de la luz”.

Las palabras del asesino retumbaron en los oídos del cardenal, cuyos ojos parecían salirse de las órbitas al escuchar esas palabras.

Con la misma rapidez con la que llegó, el encapuchado subió por una de las columnas del recinto y desapareció del lugar. Tras unos segundos de recuperar la respiración, el cardenal se apresuró a volver sobre sus pasos e introducirse a gritos en la Santa Sede.

II

Con paso obtuso el cardenal se acercó al trono donde estaba sentado el *Papa* Pedro II. Éste le miraba fijamente; mostrando en su rostro un profundo malestar. El *Papa* se acomodaba una y otra vez en el asiento presa de los nervios. A su lado estaban un obispo de los Legionarios de Cristo y el general de la Guardia Suiza. El obispo Perrotti era un hombre alto y delgado con un rostro plagado de arrugas, en el que unos achinados ojos marrones apenas se dejaban entrever. El general era una persona fornida, algo más alto que el obispo y de una musculatura considerable rondando los cuarenta años.

Con lentitud y temeroso, el cardenal se fue posicionado cada vez más cerca de la posición del *Obispo de Roma* hasta que, al llegar a la altura de éste, se agachó para besar su anillo.

EL ÚLTIMO ASSASSIN

— Dígame, Constanza, ¿qué ha pasado en el patio? — Mencionó rápidamente el *Papa*.

El clérigo se puso en pie a duras penas y, visiblemente avergonzado, casi sin mirar a los ojos al *Santo Padre*, se dispuso a ofrecer sus explicaciones.

— Su Santidad, nos ha atacado un hombre vestido con túnicas negras y...

— ¿Qué clase de túnica, cardenal? — Le repuso sin dejarle terminar el *Papa*.

— Un uniforme, o disfraz, de estilo Templario, Su Santidad, portaba la Cruz de Malta en...

El *Papa* le mira cada vez más enfadado. Está cada vez más intranquilo. El obispo sonríe irónicamente.

— ¿Le dijo algo? — Preguntó el *Papa*.

— Me habló en latín... Dios ilumina mis tinieblas y... Soy un hijo... O un profeta... De la luz— Respondió nervioso.

Al oír esas palabras, la mirada del *Papa* se clavó en los ojos del obispo que reflejaban una tranquilidad pasmosa en comparación con la actitud tanto del *Santo Padre* como con la del general, que no dejaba de tomar notas en una pequeña libreta de todo cuanto decía el cardenal.

El *Papa* se puso en pie y comenzó a caminar nervioso, mientras movía las manos con rapidez. Respiró hondo un par de veces mientras pasaba cerca del cardenal que no sabía dónde dirigir su mirada.

EL ÚLTIMO ASSASSIN

—¿Dónde fue ese hombre tras el robo? —Preguntó el general.

—Ascendió hasta la balconada del patio, pero no pude seguirle el rastro en su huida.

El *Papa* se posicionó cara a cara con el general y le miró desafiante a los ojos.

—Quiero que peinen el edificio y recuperen mi pergamino.

—Mis hombres están escudriñando cualquier resquicio, *Santo Padre*, lo encontraremos— Repuso muy serio.

—¿Y usted no busca, Ciriaco? — Le inquirió forzando aún más el entrecejo— ¡¿Qué hace ahí parado?!

De un manotazo, el *Papa* lanzó por los suelos la libreta donde el general había tomado las anotaciones.

Abrumado por la situación, el general Ciriaco Sforza abandonó la sala papal, indicando a dos guardias allí presentes que le siguieran con tan solo un gesto de su mano.

Acto seguido, el *Papa* volvió a acomodarse a duras penas en su trono.

—Salga de aquí, Constanza— Ordenó al cardenal.

El clérigo, sin mencionar una sola palabra más, se puso lentamente en pie para cumplir la indicación del *Obispo de Roma*.

—Pero no se vaya muy lejos, lo necesitaré después— Repuso el *Papa* mientras el cardenal asentía con la cabeza y se acercaba hasta él para besar su anillo, pero el Pedro II le retiró la mano con firmeza — No es digno de

EL ULTIMO ASSASSIN

besar este anillo... Su actitud ha sido la de un cobarde, permitiendo que un cualquiera robe unos documentos de suma importancia...

—Su Santidad, yo... Le juro qué...

—¿No me ha oído? ¡Abandone la sala, cardenal!

Visiblemente afectado, el cardenal Constanza abandonó la sala papal y se acomodó en uno de los antiguos sillones presentes en el pasillo tras cerrar la puerta. Intentando soltar toda la emoción contenida, el cardenal rompió a llorar.

El obispo de los Legionarios permanecía en pie frente a una de las ventanas, observando los movimientos de la guardia suiza. El *Papa* se acercó hasta él.

—¿Crees que han sido ellos, Fabricio? — Preguntó el *Papa*.

—Por la osadía con la que han actuado— comenzó a responder sin dejar de mirar por el ventanal—, por el mensaje dado y por los acontecimientos de días atrás... — Mira fijamente a los ojos del *Papa*— Me temo que sí.

—Debes movilizar a tu congregación, Fabricio, hay que recuperar esos textos— El *Santo Padre* perdió los nervios por completo al escuchar su confidente.

—Aún no sé qué documentos ha perdido ese inútil— Preguntó intrigado.

—El Pergamino de Chinon.

EL ULTIMO ASSASSIN

Fabricio resopló preocupado.

—Creo que la batalla ha comenzado— hizo una breve pausa y se dirigió a la salida. — Movilizaré a la congregación.

El *Papa*, alterado, golpeó con su mano una de las mesas allí dispuestas y dejó escapar un enérgico grito.

Cuando Fabricio abandona la sala, observa a Constanza sentado, sorprendido por el grito del *Papa*. Fabricio lo mira amenazante.

—*Memento mori*— “Recuerda que morirás”. Le dijo Fabricio muy serio.

El cardenal se arrodilló mientras Fabricio caminaba pasillo adelante.

—*Pietas, pietas!* — “Piedad, piedad”. Gritaba Constanza.

MUESTRA GRATUITA EL ULTIMO ASSASSIN

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN

III

Giancarlo camina por la plaza de San Pedro en dirección al edificio principal del *Vaticano*. Sus gafas de sol *Rayban* ocultan sus luminosos ojos azules, y su vestimenta consistente en unos texanos desgastados y una cazadora de cuero marrón no le hacían parecer excesivamente un inspector de la *Polizia* italiana. En el atardecer se había levantado una leve brisa, que hacía que su ondulado pelo rubio se volviera más travieso de lo habitual.

Con paso firme se acercó hasta el puesto de guardia de los suizos.

—Buenas tardes, soy Giancarlo Zola— Les mostró su identificación de inspector—, ¿Dónde puedo localizar al general Sforza?

—Debe estar en su despacho— Respondió un joven guardia— Suba a la segunda planta y gire a la derecha, es la última puerta.

—Gracias.

EL ULTIMO ASSASSIN

En su camino, Giancarlo se cruzó con varios cardenales a los que no sabía exactamente como saludar. Aunque Roma era la ciudad del catolicismo, la fe era un don negado al inspector. A los pocos minutos, Giancarlo se hallaba frente a la puerta del despacho del general. Se dispone a llamar, pero unos pasos tras él le hacen girarse.

—¿Es de la policía? — Le preguntó Sforza mientras se acercaba a él. Giancarlo estrechó su mano mientras asentía con la cabeza.

—El *Santo Padre* le está esperando, sígame— le ordenó sin dejarle presentar.

Rápidamente Giancarlo siguió los grandes pasos del general, que se encaminó hacia una de las escaleras del lugar. Giancarlo lo seguía como podía ya que no poseía la zancada que Sforza tenía por su altura.

Al llegar a la puerta de la sala papal, el general se detuvo y miró a Giancarlo.

—¿Su nombre era?

—Giancarlo Zola, de...

Dejándole de nuevo con la palabra en la boca, el general abrió la puerta de la sala y le invitó a pasar.

—Homicidios— Balbuceó Giancarlo mientras accedía.

—Su Santidad, el inspector Giancarlo Zola. — Le presentó el general.

Sonriente, el *Papa* hace un gesto al policía para que se acerque hasta él. El *Santo Padre* se mostraba extremadamente tranquilo.

EL ULTIMO ASSASSIN

—Bienvenido al *Vaticano*, señor Zola. ¿En qué podemos servirle? —

Le preguntó Pedro II.

Giancarlo se acerca a él.

— Hemos recibido algunas llamadas, informando de ciertos incidentes en la plaza.

El *Papa* mantiene la falsa sonrisa.

—¿Incidentes? ¿Qué clase de incidentes? — Repuso Pedro II.

—Un asesinato— Respondió muy serio Giancarlo.

— Debe haber sido un error...— Entró en la conversación el general— Como ya le explicó mi secretario por teléfono a la chica que llamó para interesarse, de haber ocurrido, nosotros mismos habríamos llamado a la comisaría.

— Además— dijo el *Papa*—, señor Zola, el *Vaticano* posee su propio servicio de vigilancia, que se ocuparía de esos menesteres en caso de suceder tal hecho. No es competencia de las autoridades italianas.

Giancarlo sonríe levemente. Sospecha que algo ocultan.

— Tras el Tratado de Letrán, firmado en 1.929, la vigilancia de la *Plaza de San Pedro* es conjunta de la *Guardia Suiza* o *Vaticana*, junto con la *Policía* italiana... — Respondió muy serio— Y a menos que yo esté equivocado, el *Vaticano* sigue asentado en la Plaza de San Pedro; por lo tanto, es competencia nuestra también.

Al *Papa* cada vez le cuesta más disimular su falsa tranquilidad, y eso no escapa a la experiencia del inspector.

— Como le he dicho anteriormente, señor Zola, no ha habido ningún asesinato en la Plaza de San Pedro...— Repitió el *Santo Padre*— Deberían revisar sus fuentes de información.

Giancarlo deja escapar una sonrisa socarrona.

—Descuide, lo haré. Hasta pronto, padre.

—Es, *Santo Padre*— Le inquiere el general.

Giancarlo mira muy serio antes de marcharse.

—No conozco santos.

Molesto por la respuesta, el general mira fijamente al *Papa* y éste le hace un gesto de tranquilidad. Mientras Giancarlo abandona las dependencias vaticanas, en su mente empiezan a surgir mil dudas acerca de la actitud del *Sumo Pontífice*.

IV

Un deportivo negro de alta gama sube la serpenteante carretera que sube hasta la cima del Monte Pirchiriano, en la desembocadura del valle de Susa, en el *Piamonte* italiano, a una altura cercana a los novecientos setenta metros sobre el nivel mar.

Su conductor es un joven fornido, de pelo largo recogido en una cola de caballo y nariz aguileña. Su concentración es máxima en la conducción, ya que no es fácil manejar a esa velocidad en una carretera tan complicada, pero él lo hace parecer fácil.

Al poco tiempo llega hasta los pies de la antigua *Sacra di San Michele*, un edificio dedicado al Arcángel San Miguel y cuya leyenda es fascinante. Según se cuenta, fue el propio guerrero de Dios quien subió las rocas utilizadas para la construcción del templo.

EL ULTIMO ASSASSIN

La *Sacra* gozaba del privilegio de abadía Nullius, esto es, que no pertenecía a la jurisdicción de ningún obispo, hasta que fue suprimida por Napoleón en 1803.

En la *Sacra di San Michele*, comienza el denominado Sendero de los Francos, una ruta excursionista muy famosa, y que supuestamente habría recorrido el mismísimo Carlomagno.

En el lugar existe una imponente estatua del Arcángel que da la bienvenida al peregrino, con más de veinte metros de altura.

El deportivo se detiene a las afueras de la edificación y de él baja el joven, vestido con camisa y pantalón negros, no olvidándose de llevar consigo el cilindro de madera que portaba bajo el asiento del conductor.

Con paso firme sube la escalinata de los monjes, donde antiguamente se enterraban a los religiosos que habitaban el lugar. Accediendo por la gran puerta de madera principal, se introduce en la edificación.

v

Giancarlo está sentado en uno de los sillones del despacho de su comisario, ensimismado en la lectura de una revista de decoración.

A los pocos segundos, su superior entra y lo observa unos segundos. Comprueba con la mirada la revista que lee el inspector y deja escapar una leve sonrisa.

—¿Cómo fue en el *Vaticano*? — Le preguntó a Giancarlo mientras tomaba asiento en su silla.

—Tienes el informe sobre la mesa— Respondió sin dejar de observar la publicación.

El comisario alarga la mano y observa el documento. Deja escapar una leve sonrisa. En el informe, en rotulador rojo, solo hay una frase que lo cruza, "*Papa è un peccatore, lies*" (El *Papa* es un pecador, miente).

—¿Qué significa esto? — Le pregunta aguantando la risa.

Giancarlo se pone en pie y le entrega un documento que tenía junto a la revista.

—Necesito que me firmes esto.

El comisario se apresura a echarle un vistazo al nuevo papel.

— Son los números de teléfono que alertaron de los hechos que al parecer había sucedido en el *Vaticano*— El comisario lo mira atentamente— El *Papa* y general Sforza niegan los hechos, pero hay hasta cinco llamadas en apenas tres minutos notificando lo mismo... Dos guardias suizos asesinados en la Plaza de San Pedro.

—¿Y por qué iba a querer ocultarnos algo así el *Vaticano*? — Preguntó intrigado— ¿No has pensado que se trate de una broma telefónica o algo similar?

—Aunque así fuera, informar de un delito falso es una falta grave, por lo que de igual modo hay que interrogar a los informantes.

El comisario sonríe de nuevo ante la actitud de Giancarlo.

—Cuando algo se te mete entre ceja y ceja... No hay manera de que pares— Le repuso mientras firmaba la orden.

—Ya me conoces.

El comisario le entrega la orden firmada, y Giancarlo la observa.

—Mantenme informado en todo momento— Le ordenó, mientras el inspector asentía con la cabeza— Y quiero máxima discreción hasta que

sepamos que pasa exactamente, no me apetece dar explicaciones diplomáticas antes de tiempo.

—Descuide.

Giancarlo abandona el despacho rápidamente, mientras el comisario vuelve a leer el informe de Giancarlo. Ríe abiertamente.

—Que cojones tiene.

Rompe el documento y lo tira a la papelera.

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN

VI

Dinorah; ese era el nombre del portador del cilindro de madera robado al Vaticano, y que ahora llegaba hasta una gran puerta de madera interior flanqueada por dos monjes.

Éstos le abrieron la puerta y Dinorah entró en la sala, cerrando éstos la puerta tras él. Se encontraba en una sala antigua, donde se mostraban diversos cuadros; desde Jaques de Molay, último Gran Maestro del Temple, hasta Hugo de Payens, uno de los fundadores de la orden militar.

Lentamente Dinorah se acercó hasta la mesa que allí se hallaba y donde había un platillo de plata con un papelito doblado en él. El fornido hombre dejó el cilindro de madera junto al platillo y se apresuró a leer la escueta nota. Dejó escapar una ligera sonrisa y se mantuvo pensativo unos segundos.

EL ÚLTIMO ASSASSIN

Tras eso, se introdujo el pequeño papel en la boca, lo masticó unos segundos y se lo tragó. Acababa de recibir una nueva misión.

Con paso firme, volvió sobre sus pasos para abandonar la edificación.

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN

VII

—¿Qué es exactamente lo que vio? — Preguntaba un cansado Giancarlo a los testigos, marido y mujer, acompañado del comisario.

—Ya le hemos respondido no sé cuántas veces a eso— Repuso muy nervioso el marido.

—Pues me lo explica una vez más, por favor— Le inquirió el inspector.

El marido resopla y mira a su esposa que se muestra cansada de la situación.

— Como le hemos dicho, estábamos grabando en video la plaza cuando vimos a esos guardias llevarse a otros dos en brazos, estaban sangrando...—Comenzó el hombre.

—¿Y no se movían? — Preguntó el comisario.

EL ULTIMO ASSASSIN

— Creo que no, estábamos a unos diez metros de distancia— explicaba la mujer—, solo pudimos distinguir la acción y las manchas de sangre en los uniformes. Pero juraría que estaban muertos... Después llegaron otros y comenzaron a limpiar una parte de los soportales.

— Oigan— Interrumpió el marido—, les hemos contado todo lo que hemos visto, no hay más... Estamos celebrando nuestra luna de miel y llevamos tres horas aquí encerrados como delincuentes. Si nos van a tener más tiempo aquí, queremos un abogado.

El comisario mira a Giancarlo, y éste hace un gesto de aprobación.

—No es necesario, pueden irse— Contestó el superior.

Deseosos de salir de allí, el matrimonio abandona la sala de interrogatorios mientras Giancarlo permanece pensativo. El comisario respira hondo y deja caer su cuerpo sobre el respaldo de la silla.

El comisario mira a Giancarlo.

— Todos coinciden en la descripción de lo ocurrido, en el lugar donde supuestamente se encontraban los cuerpos... Pero nadie vio nada— Le indicó el superior.

Giancarlo se pone pie a toda prisa.

—Nadie, con sus propios ojos.

A toda velocidad, el inspector abandona la sala y sale detrás del matrimonio. El comisario se pone en pie e intenta seguirle.

EL ULTIMO ASSASSIN

A los pocos segundos, Giancarlo intercepta al matrimonio justo antes de abandonar la comisaria y llama su atención. El comisario llega justo detrás.

—Disculpen, una última cosa — Dijo el inspector— Usted ha comentado antes que, en esos momentos, estaba grabando con su videocámara, ¿no es así?

—Sí, así es— contestó el hombre— Pero...

—Necesitamos su videocámara— No dio tiempo a respuesta Giancarlo.

—Está en el hotel y...

—¡Francesco! — Gritó Giancarlo a uno de sus compañeros que rápidamente se acercó a ellos— Necesito que acompañes al matrimonio Zapruder a su habitación de hotel, y traigas las tarjetas de memoria de sus cámaras, quedan confiscadas.

—¡Cómo confiscadas! — Gritó alterada la mujer. — Ahí están las fotos de nuestro viaje de bodas.

—Tranquila— Le inquirió el comisario— Se le devolverán todas las imágenes sin ningún deterioro.

—Gracias— repuso el matrimonio casi al unísono.

Francesco acompañó hasta la salida al matrimonio para cumplir las órdenes establecidas, mientras el inspector y el comisario se miraban fijamente.

—¿Qué esperas hallar en esa tarjeta? — Le preguntó el comisario.

EL ULTIMO ASSASSIN

— Puede que haya grabado algo y no lo sepa, o no nos lo haya querido contar... Me quedaré más tranquilo visionando las imágenes detenidamente... Es lo único que tenemos.

El comisario asintió con la cabeza.

—Está bien, espero tu informe, tengo unos asuntos que resolver.

—Tranquilo— Repuso Giancarlo mientras el comisario se iba.

El inspector sacó su teléfono móvil y marcó una llamada.

—¿Luigi? — Esperó unos segundos—. Tenemos trabajo, pasa por la comisaría, por favor. — Esperó respuesta— Está bien, en una hora.

Giancarlo colgó la llamada y salió de comisaría.

MUESTRA GRATUITA EL ULTIMO ASSASSIN

VIII

Perrotti estaba sentado en un confortable sillón de cuero marrón, situado en un antiguo despacho de marcado carácter barroco. Grandes colecciones de libros vestían las múltiples estanterías que la estancia habitaban.

La puerta se abrió y un hombre alto y calvo entró a la sala. Sus músculos definidos le otorgaban un aspecto intimidante que, unido a los casi dos metros que debía medir, hacían que su sola presencia ya causara intimidación. La cicatriz de su rostro era un distintivo inequívoco del fuerte carácter que debía poseer pues no podría decir que ese profundo corte en la mejilla fuera producto de un afeitado.

Los pasos del calvo se fueron acercando hasta la posición de Perrotti, hasta que tomó asiento frente a él y esperó a que el obispo dijera la primera palabra.

—Llevo una hora esperándote— Le inquirió Perrotti.

EL ULTIMO ASSASSIN

—Hubo un retraso en el vuelo, eminencia— Se disculpó con voz ronca.

—Que no vuelva a suceder, Ailen.

El corpulento hombre solo asintió con la cabeza junto a su gesto serio.

—Han robado un documento muy valioso de los archivos del *Vaticano*, y es fundamental que lo recuperes— Le ordenó Perrotti.

—¿Alguna pista de donde puede estar?

—Tenemos fundadas sospechas de que han sido ellos.

—¿Cómo está tan seguro? — Preguntó incorporándose un poco hacia adelante.

—El cardenal al que le robaron, describió a un hombre vestido con una túnica negra y una cruz de Malta en el pecho de color rojo.

—Un Caballero de la Luz— Dijo sonriente Ailen— Pensaba que nunca llegaría este momento— Repuso tocándose la cicatriz de la mejilla.

Perrotti se puso en pie, Ailen lo miraba desde su asiento.

—Organiza un comando y encuentra ese pergamino— Le ordenó— Lo que hagas con ese Caballero, o los métodos que uses no son de mi incumbencia.

Ailen se puso en pie y estrechó la mano del obispo.

—Y quiero que localices donde esconden a Ethan, y me lo traigas— Volvió a ordenarle— Cueste lo que cueste— Sentenció.

EL ÚLTIMO ASSASSIN

—Supongo que el *Papa* sabrá valorar la importancia de lo que nos está pidiendo— Sonrió levemente

—Cuando tengas a Ethan, házmelo saber, el *Papa* es asunto mío.

Con un gesto de su rostro, Ailen aprobó la respuesta del obispo.

—Como ordene, eminencia.

Ailen besó el anillo del obispo y con su robusto andar abandonó la sala. Acto seguido, Perrotti descolgó el teléfono e hizo una llamada.

—Su Santidad, la Congregación de los Guardianes de la Fe está en marcha... Comienza la última cruzada.

MUESTRA GRATUITA EL ÚLTIMO ASSASSIN